

STEPHEN CRANE

MAGGIE, UNA CHICA DE LA CALLE



El muchacho se alzó sobre el monumento de grava levantado en honor a Rum Alley. Estaba lanzando piedras a la escandalosa pandilla de Devil's Row, que lo había acorralado. Su semblante infantil le hace parecer todavía más pálido, pero con ganas de pelea; su pequeño cuerpo se agitaba inquieto, y devolvía los insultos a sus atacantes.

—¡Corre, Jimmie, corre! ¡Que no te den! —gritó un niño de Rum Alley, poco antes de desaparecer.

—¡De eso nada! —respondió Jimmie con voz varonil—. ¡Esos payasos no me moverán de aquí!

La caterva de Devil's Row le increpó todavía con más rabia. Por su derecha, aparecieron de la nada otros pandilleros andrajosos. Sus semblantes menudos revelaban ademanes de auténticos asesinos. Entre gritos, se unieron al ataque y arrojaron piedras sobre el montículo de grava.

Nuestro pequeño héroe cayó abatido al suelo de un golpe. Su zamarra estaba hecha jirones y había perdido la gorra. Tenía magulladuras por todo el cuerpo y sangre que le goteaba de un corte en la cara. Su perfil, desencajado y escuálido, le daba un aire demoníaco.

Ya en el suelo, sus eternos rivales de Devil's Row lo acorralaron. Se protegió con el brazo izquierdo y siguió peleando y maldiciendo. Sus impetuosos enemigos esquivaron los golpes y siguieron arrojando piedras e insultos.

Desde las ventanas de un edificio ruinoso, levantado sobre unos cimientos inestables, una mujer presenciaba la escena. Unos trabajadores de la isla de Blackwell detuvieron su remolcador y observaron expectantes el desenlace de la trifulca. Desde el río, un maquinista detuvo con pereza su barcaza y se quedó mirando. Una fila amarilla de presidiarios serpenteó las sombras del edificio y se acercó lentamente a la orilla.

Una piedra le partió la boca a Jimmie. La sangre le cayó a borbotones sobre la mejilla y la camisa quedó ensangrentada. Sobre sus mugrientos pómulos, se dejaron ver lágrimas de impotencia. Las piernas, trémulas, le hicieron temblar todo el cuerpo; los improperios de antes habían dado paso a una retahíla de durísimas blasfemias.

En los rugidos de la salvaje cuadrilla de Devil's Row resonaban cánticos de alegría; estaban celebrando su inminente victoria. Los muchachos se regodeaban ante el lascivo espectáculo de la sangre que perfilaba el rostro de su pequeño enemigo.

De pronto, apareció por la avenida un chico de unos dieciséis años. Caminaba con cierta parsimonia y fanfarronería. A pesar de su corta edad, el gesto de su cara dejaba entrever madurez y experiencia. Bajo el sombrero ladeado, asomaban una mirada desafiante y un cigarrillo sobre la comisura del labio. Al corregir la postura de sus hombros, quedaron claras sus intenciones intimidatorias. Miró de reojo el monumento de Rum Alley.

—Vaya —se dijo con interés—. Una pelea.

Se acercó al corrillo y, por cómo se aproximó, dejó claro que en sus nudillos estaba grabada con fuego la victoria. Se acercó por la espalda de uno de los agresores más exaltados de la pandilla.

—¿Qué diablos pasa aquí? —le preguntó, propinándole un coscorrón en la cabeza.

El chaval cayó de bruces al suelo y soltó un grito de dolor. Al levantarse, se dio cuenta del tamaño de su adversario, alarmó al resto y echó a correr despavorido. El resto de la cuadrilla hizo lo mismo. Eso sí, unos metros más abajo se detuvieron, continuaron la burla e insultaron a su nuevo contrincante, pero nadie les hizo caso.

—¿Qué ha pasado aquí, Jimmie? —le increpó a nuestro pequeño campeón.

Jimmie se limpió la sangre de la cara con la manga de la camisa.

—Pues lo que ves, Pete. Le iba a dar su merecido a ese animal de Riley, pero se me echaron todos esos cabrones encima.

En ese momento, llegaron los chicos de Rum Alley. Las dos pandillas se intercambiaron los insultos de rigor. Volaron nuevas piedras y blasfemias entre los pequeños luchadores y, en cuestión de segundos, los de Rum Alley se marcharon lentamente hacia las calles de su territorio. Entonces, se escucharon infinitas versiones de lo ocurrido. Los detalles se magnificaron hasta tal punto que los brazos que antes habían golpeado se transformaron en catapultas; y las piedras, en lanzas clavadas con la precisión de un arquero. El grupo se motivó tanto que empezaron a alardear de su clarísima victoria.

—¡Vaya paliza que se han llevado los de la Row! —fanfaronó en voz alta uno de ellos.

El pequeño Jimmie intentó contener la hemorragia del corte del labio. Frunció el ceño y se dirigió hacia el espontáneo.

—¿Y tú dónde estabas mientras yo peleaba? —le recriminó—. ¡Me tienes hasta las narices!

—¡Venga, hombre! —se justificó el aludido.

—¡Cierra la boca, Blue Billie, si no sabes ni hacer la o con un canuto! ¡Te tumbaba ahora mismo con una mano! —contestó Jimmie enfurecido.

—¡Venga ya! —insistió Billie.

—No me busques, ¿eh? —le increpó a Billie.

—¡Que te den! —contestó Billie con el mismo tono.

Se abalanzaron uno sobre el otro y cayeron rodando sobre los adoquines de la acera.

—¡Dale su merecido, Jimmie! ¡Reviéntale el estómago! —gritó Pete excitado con una sonrisa desafiante y despectiva.

Los pequeños combatientes se intercambiaron golpes, patadas y arañazos. Se insultaron con voces entrecortadas, como si las blasfemias fuesen piedras que tuvieran atrapadas en las gargantas. El resto de la pandilla formó un corrillo y jaleó dando palmas y patadas al suelo. De pronto, un diminuto espectador cambió el gesto bruscamente.

—¡Para, Jimmie, para! ¡Por ahí viene tu viejo! —le gritó.

El corrillo se deshizo en un abrir y cerrar de ojos. Todos se quedaron petrificados, sin saber qué hacer y con la terrible sospecha de lo que estaba a punto de pasar. Los dos luchadores, inmersos en su refriega prehistórica, no escucharon las señales de alarma.

Por la avenida, bajaba un hombre de mirada triste. En una mano llevaba una fiambreira. En la otra, una pipa de fumar con la cazoleta en forma de manzana.

En cuanto se acercó al lugar donde estaban los críos, los observó con cierta desgana. En ese momento, pegó un grito y se dirigió hacia los luchadores rodantes.

—¿Pero qué haces, Jimmie? ¡Levántate ahora mismo o te juro que no lo cuentas, maldito delincuente!

El padre comenzó a soltar patadas al aire. El pequeño Billie se llevó un zapatazo en la cara. Se revolvió y, con esfuerzos, se separó de Jimmie. Se alejó maldiciendo entre dientes. Jimmie, dolorido, se puso en pie y se enfrentó a su padre. Al escuchar los insultos, recibió más patadas.

—¡A casa ahora mismo! —le increpó—. ¡O te juro que te reviento la cabeza en el suelo!

Se marcharon. El hombre pareció retomar su caminar sereno; mordía plácidamente la boquilla humeante de su pipa. Unos metros atrás, le seguía el muchacho. Juraba y perjuraba que no iba a permitir ser denigrado así por su padre, porque él era un verdadero soldado: un hombre con privilegios de sangre.